

GLOSARIO DE REVISTAS

El Espíritu Filosófico y la Feminidad

En el número de Marzo del presente año de la *Revista de Occidente* de Madrid publica Manuel García Morante la conferencia que, con este título, pronunció en la Sociedad Lyceun Club Femenino.

Comienza el conferenciante estableciendo una diferencia entre la cultura femenina, el feminismo y la feminidad. El feminismo es una política, la feminidad es la sustantividad esencial de lo femenino, la cultura femenina será la que «concrete en productos objetivos — actividades, obras, descubrimientos, instituciones jurídicas, sociales, políticas, etc.— las peculiaridades del alma femenina, de la feminidad eterna.

He aquí planteado el tema de la conferencia: la filosofía ¿puede ocupar un lugar en esta cultura femenina? «¿Puede la mujer, como mujer, producir pensamiento filosófico, como produce y ha producido poesía, novela, arte, teatro, etc.?»

Para determinar las razones que han mantenido alejada a la mujer de la meditación filosófica ya que, de hecho, la mujer no ha producido filosofía, el autor trata de fijar los rasgos principales del espíritu filosófico y del alma femenina.

He aquí, después de diferenciar las características del espíritu práctico y las del espíritu científico, las que el autor asigna al espíritu filosófico: «Tiene, sin duda, con el espíritu científico una afinidad fundamental, que consiste en que también es desinteresado y se aparta tam-

bién de la vida; los antiguos distinguían el vivir y el filosofar, y si es cierto que la filosofía es la meditación de la vida, ello la destaca y separa de la vida misma, puesto que para pensar algo es preciso, ante todo, tomar cierta distancia de eso que se piensa. Pero lo característico de la filosofía, a diferencia del espíritu científico, es que la filosofía no toma ni acepta problemas parciales o particulares, y no se contenta con menos que la totalidad de lo real. El científico suele censurar al filósofo su tendencia a «salirse de la cuestión», a abarcar demasiado, a no detenerse en los límites del problema. El filósofo, en cambio, encuentra al científico demasiado olvidadizo de las otras verdades, que no son ciencia, demasiado apegado al dato peculiar de su problema, harto sumiso a los límites que su investigación traza en el ámbito de lo real. El filósofo, al plantear una cuestión corre presuroso hacia las fronteras de las cuestiones circundantes para englobarlas en un único problema; así recorre toda la realidad, descontento siempre de las limitaciones particulares, de las relatividades y aspirando a superar los límites en la contemplación del ser absoluto, del ente supremo y total. El espíritu

filosófico no puede hallar satisfacción en fragmentos; quiere la realidad completa, y pues la experiencia y la ciencia sólo le ofrecen porciones reducidas de la realidad, aspira a integrarlas en el todo único. El filósofo le pone brazos a la Venus de Milo y cabeza al torso del Belvedere. Así, en resumen, podemos decir que el espíritu filosófico se distingue del científico por su afán de totalidad y del práctico por su desinterés y apartamiento de la vida.»

¿Cuáles son, ahora, las características del alma femenina? «La índole peculiar del alma femenina parece ser su unidad natural, su desvío de toda acción particular, su recogimiento en el ámbito armónico de sí misma.» «Ser mujer es, para la mujer, en efecto, todo; es profesión, es sentimiento, es pensamiento, es concepción del mundo, es opinión, es vida entera. El hombre, en cambio, no es, como hombre, nada, sino que su ser ha de especificarse simultánea o sucesivamente, en las actividades profesional, familiar, sentimental, etc.» «Así, pues, si la mujer tiene por naturaleza esa propensión a unificar lo real, a contemplar el mundo y la vida en unidad total, parece, desde luego, bien dispuesta para la filosofía.»

¿Por qué entonces el des-

vío que, a lo largo de la historia, muestra la mujer por la filosofía? Porque un examen más estrecho de la psique femenina ha de mostrar dos caracteres francamente antagónicos del espíritu filosófico. No es la misma la unidad que la mujer establece en su mundo y la que la filosofía establece en el universo. La mujer, más sujeta al proceso vital que el hombre, tiene mayor dificultad que el hombre para objetivar. No puede prescindir de sus amores, odios o preferencias. El espíritu filosófico, ya lo hemos visto, se aparta de la vida y se orienta hacia lo absoluto y lo eterno.

El autor no considera imposible una evolución de la feminidad en un sentido favorable al desarrollo de la capacidad filosófica en la mujer. Funda esta esperanza «en la expansión actual de la feminidad» que «tiene que producir efectos enormemente hondos sobre el alma femenina y provocar la actualización de virtualidades, que hasta ahora no habían podido manifestarse en actos. Una de ellas puede ser muy bien la acomodación del alma femenina al ejercicio objetivo de la contemplación.»

Frente a la tendencia tradicional a la condensación y la concentración la nueva tendencia expansiva ha de

reñir sus batallas y han de surgir heroínas de uno y otro ideal. Acaso «sobrevenga una fecunda síntesis y la naturaleza de la mujer compagine la raíz vital unitaria y solidaria de su alma con la variedad de funciones, de intereses y actividades».

«Y entonces puede producirse en el mundo un tipo maravilloso de mujer, una forma exquisita de cultura femenina que reúna la intensa preocupación vital y personal, la unidad perfecta del ser, con la diversidad de los más tenues, sutiles y apartados intereses ideales, un tipo de mujer hecho a la medida de la meditación filosófica, que sea capaz de alternar la intimidad de la vivencia con la claridad de la especulación. Es posible que la filosofía reciba de las mujeres una última y más sublime depuración.»

La Presidencia de Hoover y la Dictadura del Bienestar.

Con este título Bernard Fay publica un interesante estudio en el número del 16 de Marzo de *La Revue Hebdomadaire* de París.

Comienza: «Después de la revolución rusa y el advenimiento del fascismo en Italia, la elección de Mr. Hoover ha marcado la fecha más im-